



# AYER Y HOY



N.º 36

Julio - Agosto 1953

**NUESTRA PORTADA**

Vista de Talavera de la Reina

(Dibujo de Enrique Vera).







## Toledo en la Geografía del Edrisi y Abulfeda<sup>(1)</sup>

Por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO

Dos islamitas del medievo, el ceutí Abu-Abd-Alla Mahomed-al-Edrisi y el damasceno Ismael Imad-al Din-al Ayubi (*Abulfeda*), escriben con elogio de Toledo en los siglos XII y XIII (2).

En los párrafos del Edrisi queda la nostalgia admirativa por la gran ciudad perdida, ya lejana, altiva y señera en su dominante geografía, que resume algo muy valioso para el musulmán: fortaleza, tesoros y agua.

Fortaleza en su Alcázar, en las sólidas murallas que abrazan al empinado caserío, apretado y concreto, en los castillos fortificados que se extienden por sus cercanías. Pocas ciudades, viene a decir, podrán igualar a Toledo, por la altura de sus edificios bien asentados, la belleza de sus aledaños y la fertilidad de su campiña.

Los tesoros estaban allí, en la antigua y venerable capital visigoda, para hacer realidad la fantasía de sus sueños de riquezas en aquellas incalculables integradas por ciento setenta coronas de oro, perlas y valiosa pedrería, mil sables reales adornados de esmeraldas y

rubíes, vasos de oro y plata, y dando paso al rumor, añade: «la mesa de Salomón, hijo de David, que según dicen estaba construída de una esmeralda de una pieza, que hoy está en Roma».

Por último, el agua que discurre por los canales y alegra los jardines, fertilizando las huertas que «producen en cantidad prodigiosa frutos de una belleza y bondad extraños». «Ruedas de rosario», sobre los canales, se destinan al riego.

Para abastecer de ella a la ciudad se acude al Tajo, elevándola mediante un artilugio (3), que consiste en un gran acueducto bajo cuyo

(3) Antes del artificio de Juanelo Turriano, hubo éste que se comenta, y después otro ideado, sin éxito, en el 1528.

único arco corre con fuerza el agua para, llegando al final de la gigantesca obra, mover un ingenio hidráulico que la sitúa a una altura de casi 301 metros, penetrando por aquél en Toledo.

\*\*\*

Toleitola significa *la Alegre*, y de acuerdo con este nombre es la visión que de ella nos da Abulfeda: encantadora, amable, optimista.

La sitúa en un lugar saludable y pintoresco, rodeada de frutales, en los que predomina el granado, que al florecer todo lo invade. Supera a lo que pudo decir de ella cuando se la llamó: riente, hermosa y grata.

Sitúa la célebre mesa de Salomón, que dió nombre a la *Fortaleza de la Mesa* en Alcalá de Henares, y no en Toledo, como lo hace el Edrisi. Dice que fué conservada en aqueila fortaleza y tomada cuando Tarik se apoderó de Toledo.

Salvo en este detalle, coinciden ambos geógrafos en el pintoresquismo del paisaje, abundancia de frutales en lo que después se conocerían por Los Cigarrales. Sigue la línea optimista, no siempre ajustada a la realidad, de otros musulmanes con respecto al solar ibérico, y que continuarían dos toledanos eminentes: Alfonso *el Sabio* y el P. Juan de Mariana, que posiblemente vieron a España a través de dos paisajes familiares en su niñez: las fecundas vegas de Toledo y Talavera.

### SUMARIO

F. Jiménez de Gregorio.—Toledo en la Geografía del Edrisi y Abulfeda.

Guillermo Téllez.—Tres tipos de ciudades.

Juan Antonio Villacañas.—Dos poemas de siempre.

J. A. V.—Robert Vivier.

Fernando Espejo.—Montmartre.

Página Poética.

Alfonso Villagómez.—Carta abierta a un poeta.

Clemente Palencia.—La Junta Coordinadora de Conservación Artística de Toledo.

José Luis Abellán.—Divagaciones en torno a una gran ciudad.

(1) Aguilar, S. A., editó, en el 1952, los *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, recopilados, traducidos y anotados por J. García Mercadal.

(2) El Edrisi debió nacer el 1100 y morir el 1172. Descendía de la estirpe Hamudita, que reinó en Málaga.

Nace Abulfeda en el 1273; perteneció a la familia Ayubita y fué príncipe y sultán de Hamad.



## TOLEDO

# TRES TIPOS DE CIUDADES

POR GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Para el estudio que quiero hacer de la edificación militar de Toledo, concretamente de sus puertas fortificadas, me he interesado largamente de investigar a qué tipo de ciudad pertenece Toledo, cosa que independientemente la he esbozado al tratar hasta donde he podido de la estructura del plano de la ciudad. Interesan ambas cosas para, estudiando los recintos, llegar a encontrar la razón de ser de sus puertas que ofrece Toledo, que son el muestrario más valioso de puertas militares que he encontrado en España.

Es más difícil que parece, dado el estado de destrucción de sectores y de reconstrucción de lo conservado, saber cómo fué el conjunto amurallado de la ciudad, y peligroso lanzar hipótesis siquiera; por lo tanto, estas notas tienen que ser casi conjeturas y atisbos de hipótesis, y el trabajo he de fijarlo en las puertas que están definidas más que en las murallas.

### A) Castro ibérico.

Su existencia es segura, y su emplazamiento tuvo que partir del Alcázar, y dominando alturas, cerrar por el lado del río. Debe pertenecer a él el Arco de la Sangre, del que arqueológicamente la data más segura que registré en su ruina fué la época árabe. Debió ser pequeño.

### B) Romano.

Por huellas más seguras, debió haber un recinto que encerrase el acceso y que perfeccionase el ibérico, y otro que tenía por puerta principal Babmardón, del que quedan trozos a los lados de dicha puerta. No debía ser muy extenso, llegando acaso por los

cobertizos. En mi trotar por España, he encontrado dos tipos de urbanizaciones romanas, unas de ciudades militares, que crean o aprovechan, como Osma (Oxama), y otros donde establecen legiones (León) o asientan veteranos de guerra, Emérita (Mérida). En estas ciudades romanas de planta crean la cuadrícula y las dotan de agua. Córdoba, independiente de su fundación fenicia, es fundamentalmente romana. La aceptación del castro ibérico supone el aprovechamiento de la ciudad enriscada y defensiva de tipo celto-ibérico; se concentra alrededor del punto dominante del emplazamiento elegido. La ampliación de los recintos por los visigodos. Acaso no cerrando más que de puente a puente, nos da la ciudad alta murada; debió llevar la muralla por el Cambrón y Arrabal.

Los romanos aquí, ellos crean la ciudad llana cerca del río. Es la ciudad del Circo y de las grandes villas que dieron los mosaicos de la Fábrica y otros como la Alberquilla, que es natural que usaran los magnates godos y, sobre todo, los árabes, que vivían preferentemente en las almunias y ruza-fas más que en los cascos urbanos, no mezclándose con cristianos.

### C) Árabe.

La muralla del Arrabal, que reputo por lo menos en parte visigoda, les da a los árabes la facilidad de extender Toledo, acercándole a su tipo de ciudad, que se acuesta bajo una alcazaba tendida en una ladera, mejor entre sus arrugas, sin estructurar apenas trazado urbano. De las ciudades que he recorrido, me parecen de traza más mora Tortosa y Daroca. Ambas se cobijan entre el collado de dos laderas,

dejando como calle principal la vaguada. Igualmente lo está Granada, que es la gran ciudad de traza hispano-árabe, que se vierte de un lado del Albaicín y del otro de la Alhambra, teniendo que amurallar las alturas para proteger la ciudad que quedaría batida por las cercanías. Otra tendencia de la ciudad árabe (poblado), es el no formar calles ni que los barrios estén unidos. Quien conozca el Sur de España verá bien esta tendencia, tan contraria al pueblo manchego, grande y distante.

Recuerdo pueblos de mi provincia que los barrios eran geográficamente entidades distintas, considerándose principal el que tiene la iglesia, y ciudades que tienen de los primeros obispos, como Guadix, apenas si tienen unas cuantas calles, perdiéndose sus ramificaciones entre las laderas cercanas. Insisto en esto porque Toledo de por sí ha tenido siempre tendencia a la concentración, muriéndose sus núcleos filiales. Nunca ha sido lo que fué cuando Roma, pues lo vemos en sus ruinas. Una de las grandes ciudades de este tipo es Lorca, de casco insignificante comparado con lo que dice el censo. Insisto en esta tendencia a la agrupación por ser una de las notas más diferenciales de esta ciudad, demostrando la escasez de elemento árabe durante la conquista.

A partir de la reconquista, creo que se inicia la empresa de cerrar el recinto murado, creando un tipo de torreones redondeados, característicos del románico. Es posible que hasta entonces, por lo menos en parte, el cerco no esté envolviendo todo el peñón, pues por lo menos a trechos confío en el Tajo. El cercado completo lo adjudicamos hacia Alfonso VII por la homo-



geneidad de los torreones. En épocas sucesivas no creemos ni que varíe sin que se introduzcan en él los medios defensivos de las épocas barrocas, como demostraremos.

Resumiendo, podemos decir que hemos encontrado tres tipos de ciudades.



Columna, posiblemente parteluz, procedente de la Vega, propiedad de la Real Academia de Bellas Artes.



Trozo de columnilla, análogo al anterior. (Dibs. Sr. Castaños)

**A) Ciudad acrópolis.**

Núcleo inicial celto-ibérico, que aprovechan los romanos en dos núcleos que unifican o no, pero que los visigo-

dos limitan francamente cercando el istmo de puente a puente, y que los reyes cristianos dominadores unifican cerrando el perímetro del peñón.

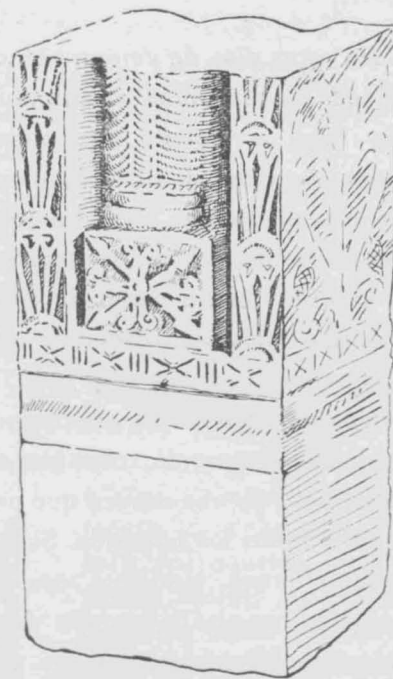
**B) Ciudad acuñada en una falda que protege una alcazaba.**

En esta ciudad lo representa el típico arrabal con la mezquita de intermuros, que luego fué de Santiago del Arrabal, prolongándose de seguro ya por las Covachuelas, cobijándose bajo el anfiteatro romano. Este arrabal, que entre otros representa Triana en Sevilla, no solía estar murado. Le recuerdan nombres moros como Azacanes, y en él nunca ha habido fachadas de categoría.

**C) Gran ciudad de llano al lado del río.**

La Fábrica de Armas, acaso al frente de ella, en el Angel, estaban las villas; tenían el puente de la Cava; persistió en la época goda con la gran basilica de Santa Leocadia, el más grandioso templo del mundo bárbaro, y como ejemplo de ello aprovechamos unos magníficos dibujos de Castaños de piezas, propiedad de la Academia y recogidas alrededor del Cristo de la Vega, que con los otros datos que ya poseíamos, nos confirman la existencia de esta gran basilica, cuya grandeza,

recogida en la historia, Amador de los Ríos no llegó a creer, pues afirma en la página 282 de su *Toledo Pintoresca*: «La Basilica de Santa Leocadia ni fué ni pudo ser de labor maravillosa y magnífica en su construcción primitiva». Estas piedras dicen que sí,



Pilar retallado en columna interna, procedente de la Vega, propiedad de la Real Academia de Bellas Artes. (Dib. Sr. Castaños)

y de paso atestiguan un desarrollo de la Ciudad romano-visigoda, no indígena, en el llano que después no llegó a tener ni en la época barroca, época de los grandes conventos.

DOS POEMAS DE SIEMPRE

AMOR

*CALAVERA que cae sobre las sienes  
deslizándose al fin hacia la hondura.  
Concavidad sutil, tu mordedura  
lleva humor de cansancio Siempre tienes*

*criptas de maravillas en rehenes  
con estáticas vestes de clausura.  
Vuelas también. Tu intensidad es pura,  
pero no he de gustar por que me penes.*

*Vago sentir al pulso estremecido,  
quiero saber, sin alabanza triste,  
donde pintas lugar para mi cita.*

*¡Lágrima que se torna estalactita  
en un rostro de cal endurecido,  
quién a tu clara vibración resiste!*

CUMPLEAÑOS

*HOY ha vuelto a soñar mi voz primera,  
que aseguró a los ecos mi presente.  
Y pasará otra vez la luz caliente  
llenándome de adiós la primavera*

*Aunque no lució en mí, fué verdadera  
la semilla del sol para la frente,  
y el pulso cadencioso en la corriente  
de un sistema total de vida entera.*

*Cada noche que fué, llegó piadosa  
en extraños compases de ayer viva,  
y ahora mismo la tengo en la mirada.*

*Subió a la luz en paz, y clamoroso  
de júbilo saltó, tan primitiva  
como una pobre niña eternizada...*

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS



# ROBERT VIVIER

Por JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

En estos días de verano hemos tenido la dicha de conocer en una simpática intimidad al hombre poeta. Nos llegó a Toledo ocupando ya el sillón que dejara vacante Maurice Maeterlinck en L' Académie Royale Belge. Este hombre es Robert Vivier. Viene a la Ciudad con un solo motivo: acompañar a su esposa, ilustre dama de nacionalidad rusa, que pinta unos paisajes toledados; para ser más exactos, unos bellos cuadros en los que Toledo parece ascender con más ansias. Es alto, moreno, ojos castaños y con la cabeza grande, casi blanca; sus facciones son duras, pero de una dureza que parece creada para defender a todos los hombres. Su risa es real: ríe «como el niño juega indolente con los cuchillos azules —cuando impulsa la muralla de los colores— de sus dedos, perdidos y atentos, sin peligro». El sabe que en el constante entrechocar de hojas afiladas, «los sonidos nacen de su corazón —que mezclados entre la muchedumbre suenan confusos— que algunos, después del alba, eran hermanos de la noche».

Robert Vivier nace en 1894; tiene, pues, 59 años. Queremos imaginarnos lo que pensarán sus alumnos de literatura de la Universidad de Liège, de la misma manera que hemos averiguado su reacción al verse sorprendido ante un selecto auditorio cuando al iniciar su conferencia le eran precisas sus gafas, o al darse cuenta de que había olvidado la corbata cuando se disponía a leer el guión auxiliado por los lentes de una anciana oyente.

El paisaje de Toledo es muy interesante. Su esposa deberá conducir el automóvil por la propia seguridad de ambos. Le preguntamos sus impresiones sobre España y nos responde lacónicamente que es mucho lo que tiene de encantador y «apetecible», pero que lo condensa pidiendo un puñado de sol para su tierra, mientras extiende sus brazos con las manos abiertas como queriendo aprehenderlo antes de que terminásemos de sonreír.

¿Qué hace este hombre mientras ella pinta? Camina por su misma poesía, vive en su casa, en la «casa del viento las puertas baten —los árboles entran desplegados,— verdes fragatas —sobre un campo de ondas que tiemblan»— «Lo que llevaba, yo lo traía

de este mundo, —adonde cambia cada cielo— adonde cada rostro se consume».

Con qué pocas palabras viene a nosotros toda la vida de Vivier, y que nos traduce la inteligente señora de Casteleiro:

A este rayo que duerme olvidado del sol  
entre el árbol que lustra un murmullo de abejas,  
el tiempo, seguro de no volver a encontrar la hora tan larga,  
y que más se parece a lo eterno,  
mezcla desesperado su más bello sueño.

No es empresa fácil traducir a Robert Vivier sin antes haberle conocido, sin haberle visto caminar o estrechar al espacio contra su propio corazón bebiendo los sonidos peligrosos de sus cuchillos azules...

Cuando nos encontramos por primera vez a este hombre, vimos al poeta. No tiene nada de extraordinario tal descubrimiento, cualquier persona pudo averiguarlo. Su mundo está cargado de sinceridad y confesamos que al poeta se le conoce mejor en sus movimientos, en sus actos, que en los poemas que nos pone delante. Así vemos a Robert Vivier:

Pour être et voir, pour tinter, pour entendre,  
traversé d'ailes, dérouté, fervant,  
je suis debout dans la maison du vent.

Al poeta que nos presentaron después como el más representativo de la poesía belga en el movimiento actual, traductor de Dante y de Hugo Foscolo, premio Centenario de Bruselas en 1931 y premio Alberto I, otorgado en París en 1934, por sus novelas «Non» y «Folle qui s'ennuie» y autor de obras poéticas como «Desgarraduras», «El milagro encerrado», «Trazado por el olvido» y «Al borde del tiempo», que bien podemos interpretarlas por sus hermosos títulos como blancas riveras por donde corren las riquezas immaculadas de la poesía. «Al borde del tiempo» comunica el poeta con el cielo en sus «desgarraduras», instantes de soledad intensa, «trazado por el olvido», con ansias de desentrañar en lo más hondo el maravilloso «milagro encerrado» de toda la humanidad.

Vaya con nuestro saludo el puñado de sol de España apetecido para el bello país belga.



# MONTMARTRE

(CARTA A UN AMIGO)

M. Jean Pierre Guyard.

Boulogne.—Seine.—France.

Querido amigo:

Antes de entrar en el desarrollo de esta desordenada evocación de unas agradables horas, quiero transmitirte las gracias más sinceras de quienes fueron nuestros amables compañeros en aquellos momentos: Pilar, Isabel y Joaquín. En cierto modo, esta carta abierta también va dedicada a ellos.

Es difícil expresar en forma adecuada, sin herir tu amistad con palabras ampulosas, el agradecimiento que siento por las innumerables atenciones recibidas, tanto de tí como de tus padres. Fuiste un inmejorable guía, un profundo conocedor de lugares típicos y un excelente introductor al conocimiento de los caldos vinícolas franceses. Recuerdo con placer aquella pantagruélica cena que —acompañada de cuatro clases diferentes de vinos— aderezó y sirvió, con suma gentileza, tu madre. Tampoco olvido, entre tanta delicia, el tan original arroz envuelto en hojas de vid que saboreamos en aquel escondido figón griego, cuyo dueño, antiguo hombre de mar, presumía de saber tocar *pitos y palillos*, por haber conocido Sevilla veinte años atrás.

Aquella tarde del mes de Julio, tibia y algo brumosa, en que nos hiciste conocer la *butte* de Montmartre, fué sugeridora de una serie de pequeñas excursiones nocturnas, curiosas y evocadoras. Recuerdos de Picasso y Utrillo; recuerdos de un ayer lejano para los que aún no hemos bajado ese escalón de la madurez que son los treinta años. Una noche, muy cerca del amanecer, filosofamos —quiero decir que hicimos filosofía barata— en la encrucijada de la *rue des Saules* con la de *Saint Vicent*; en una esquina está la famosa viña de Montmartre —cuya vendimia es motivo para celebrar una bulliciosa fiesta con reminiscencias del siglo pasado y que, por desgracia, no conocimos— y,

en la esquina opuesta, hay un pequeño cementerio, de los que tanto abundan en París; el contraste se impuso como tema de conversación. Otra noche, terminamos nuestro deambular en un establecimiento decorado con distintas clases de sombreros de caballero, y en donde —con el solo acompañamiento de un piano y un acordeón— dos muchachas cantaban viejas e interminables canciones francesas; algunos de los versos eran de Hugo o de Lamartine, aunque adobados con lo que en el lenguaje teatral se llaman *morcillas*, sazonadas morcillas repletas de picante... y de clorofila. Después, terminar la noche en la plaza

*Pigalle*, alegre y ruidosamente, tras de haber bajado, por aquellas interminables calles, escalinatas. Y tantas cosas que harían interminable esta relación; tú lo sabes mucho mejor que yo.

Al hacerte ciertas manifestaciones preguntaste, verdaderamente intrigado, qué es lo que yo había visto momentos antes en Montmartre que me hiciera recordar hechos, personas o cosas de la España que tú conoces. ¿Te acuerdas? Eran las grises horas del anochecer y nos encontrábamos en el *Boul Mich*, a la

puerta del comedor universitario de *Le Prince*. No pude contestarte porque en aquel momento hubo una interrupción —tan involuntaria como inoportuna— que distrajo nuestra atención. Luego, casi sin despedirnos, nos separamos; al día siguiente emprendiste tu viaje a tierras germanas. Hoy quiero satisfacer tu curiosidad, en la parte que consienta mi flaca memoria y la discreción.

Momentos después de haber comido, comenzó el contacto con el París pintoresco en que tú nos iniciaste. El primer hito fué la gran mezquita, tras haber bebido un espeso café moruno que nos sirvieron en delicadas tacitas de porcelana, con todos los aditamentos de un verdadero ambiente árabe, en el mismo edificio. Lástima que no os sentísteis lo suficientemente valientes para haberme acompañado en la consumición de te aromatizado con hojas de hierbabuena.





Hay un París que todo el mundo conoce, sin haber estado en él: boulevard, cabaret, literatura y arte. Sin embargo, hay otro menos conocido: el París refugio de vencidos, fracasados y perseguidos. Quizás por eso es clásico visitar sus cementerios; mucho más si el visitante tiene pretensiones literarias. Como ya sabes, escribo en revistas cuyos directores son amigos —amistad por amistad, yo publico mis artículos y ellos no me los pagan—, pero a pesar del carácter *literario* atribuible a mi persona, no pasé de las tapias de tan luctuosos lugares. No obstante, debo confesar que quedé con deseos de haber visitado la tumba de un escritor que reposa en *Le Père Lachaise*, y cuyo retrato fué pintado por Toulouse-Lautrec. Mi contacto más cercano, fué con el camposanto de Montmartre, cuando pasamos por la *rue de Caulaincourt*, que le divide en dos partes, allá por las cercanías de la plaza de Clichy.

En la *rue Lepic*, encontré las primeras analogías con ciertas partes de Madrid, del Madrid que callejeaba en mis tiempos de estudiante de Bachillerato: de 1934 a 1941. La *rue Lepic* es como entonces eran —no sé si ahora seguirán igual— la calle de Valencia y la plaza de Lavapiés, esquina a Tribulete; la calle de la Ruda y la Ribera de Curtidores; la Corredera de San Pablo y la calle del Espíritu Santo. La *rue Lepic* es una rara mezcla de todas clases de comercios que invaden las aceras, con claro predominio de los que dejan el suelo lleno de desperdicios: un verdadero paraíso para las pequeñas truhanadas y bribonerías del *boulbo*. La *rue Lepic* tiene una extraña forma: parece una hoz en posición de ser usada con la mano izquierda; en la punta de su presunta cuchilla, se halla el *Moulin de la Galette*.

Casi en la cima de Montmartre, de cara a París, dominando la mayor parte de la población, se encuentra el templo votivo del *Sacré Cœur*. Su aspecto se da un aire al de dos iglesias madrileñas: la Basílica de Atocha y San Manuel y San Benito; ambos edificios son de ese estilo, medio moderno y medio bizantino, que se ha dado en llamar *isabelino*. Sin embargo, hay una notoria diferencia: el *Sacré Cœur* no remata sus torres con tejadillos de rojas escamas. Un par de detalles llamaron mi atención: sus mármoles y las pinturas murales, de gran parecido a mosaicos bizantinos.

Entre el *Sacré Cœur* y la iglesia de *Saint Pierre*, por la parte posterior de ambos templos, hay una hilera de barracas en donde se pueden adquirir antigüedades, objetos de arte y toda clase de chucherías árabes y orientales. Es un placer contemplar y elegir el objeto que nos agrada, sin que nos estén atosigando o impidiéndonos la retirada, si la mercancía ofrecida no nos convence.

No lejos de allí, está *Chez Patachou*. Magnífico café el que tomamos. Café exprés realizado en nuestra presencia, colocando en la boca de la taza un extraño artefacto de metal, igual a otro utilizado por mi padre —de ello hace muchísimos años—, antes de que tales aparatos fueran arrinconados... por anti-

guos. Mlle. Patachou es alta, es rubia, dicen que canta, parece que es joven, y su rasgo fisionómico más personal, está relacionado con el primer verso de un soneto quevedesco que comienza así: *Erase un hombre a una nariz pegado*. Hay otro detalle que caracteriza a Patachou: su enorme afición a las corbatas llamativas de sus clientes y de las que se apodera por el práctico sistema de cortarlas inmediatamente debajo del nudo. Nosotros nos libramos, presuntamente, de tal desafuero, porque aquel día Patachou interpretaba, con ese buen actor que es André Luguet, en su propio establecimiento, una cinta para la televisión americana. Y, francamente, no era la ocasión de perder el tiempo en corbata más o menos.

Terminó nuestra excursión en la *Place du Tertre*, un pequeño cuadrilátero enmarcado por edificaciones un tanto rústicas, mostrando al exterior la madera de sus entramados y viguería. El centro sombreado por árboles, toldos y sombrillas, lleno de mesitas y sillones de mimbre o de junco. Cerca de su más apartado ángulo, en una casa de típico aspecto, se encuentra la Comuna libre de Montmartre.

Aceptando tu invitación, entramos en el pequeño restaurante de Eugène, donde una muchacha, vestida de alsaciana, nos sirvió aquel raro bocadillo que tú pediste: pan con mantequilla, jamón natural, queso de Gruyere y, encima, dos pepinillos conservados en vinagre; fué una nueva experiencia. Por toda bebida, vino de Alsacia: de color y sabor igual al de la sidra guipuzcoana, pero sin fuerza.

Desde aquel sitio, pudimos contemplar, a nuestro sabor, el trabajo de los numerosos artistas que allí luchan por la vida, manejando el óleo, acuarela, pastel, carboncillo o la pluma. Decoraban pantallas con rara perfección: aparte de ésto, salvo excepción, no cultivaban más que el paisaje. Exponían sus obras, al lado de sus caballetes, apoyando los cuadros en la pared. En realidad, artísticamente, eran unos pobres fracasados, dedicándose a ganar el pan nuestro de cada día. Docenas de veces habrán pintado el mismo lugar y desde el mismo punto de vista: de ahí su mecánica maestría. Utrillo, fué una excepción.

Estos pintores de Montmartre, me recordaron a otros colegas de la paleta. Me recordaron a esos jóvenes, algunos verdaderas promesas, que sacrificaron sus ilusiones en aras del dinero. El turismo da dinero, y a por éste fueron; para ello no tuvieron que hacer otra cosa que pintar cien veces el mismo rincón o que copiar a el Greco.

Con esto, Jean Pierre, creo haber satisfecho tu curiosidad; algunas cosas las habrás tenido que adivinar, pero no importa. En literatura, la obscuridad es un aliciente más, muchas veces. Me despido de ti con el ferviente deseo de que las circunstancias permitan que tú vuelvas por aquí, antes de que yo pueda marchar para ahí.

Tuyo afectísimo

FERNANDO ESPEJO

Toledo, Septiembre de 1953.





## Bolero de Ravel

(Al cumplirse el III aniversario de la muerte de Jerónimo Garrido, reproducimos una de sus más inspiradas poesías).

Pentagrama en azul. Clave de oro.  
Música de caderas y de palmas,  
de cabellos flotando, dando y dando  
golpes al alabastro de la espalda.

Cielos de estrellas negros; revolera  
con lentejuelas en «calé» enlutada.  
Contracanto de grillos, grillos locos  
en los pliegues febriles de la falda.

Desmayos de oropéndolas sin oro.  
Apoteosis de clavel. Aladas  
rosas forjando nidos en palmeras,  
que añoran las mezquitas africanas.

Salmodian las consejas agoreras  
entre palmas y palmas, y entre palmas  
se enreda un arco iris guarnecido  
de pitos, castañuelas y campanas.

Grita la luz del sol en los collares,  
y enmudece en el polvo de la danza,  
y en los ojos es dardo, y en las manos  
es lirio, mármol, azucena y nácar.

Y danza la odalisca faraona  
repartiendo tormentas en el alma,  
repicando el tacón sobre el pellejo  
del deseo y la tierra conjuntados.

Turba la adolescencia de una estrella  
un lucero gentil de gola blanca,  
y espada de zafiros temblorosos,  
y enrojece la estrella y se desmaya.

En su orbitaje, huérfano de luces,  
se enreda el sortilegio de la danza.  
Se hace un astro el bolero y por la altura  
eternamente gira la gitana.

JERÓNIMO GARRIDO

## El Angel del Alcázar

A Antonio Rivera

La tierra atenzó con furia ansiosa,  
hecho vida en la luz, tu cuerpo herido.  
Y estás entre nosotros, no te has ido,  
que es del viento el aroma de la rosa.

¡Oh prodigio de Dios! Voz silenciosa  
que estás aquí me dice. Y, querido,  
dejaste victorioso tu sentido  
vivir, con el perfil de flor hermosa

que adornaba tu alma; y la has legado  
con un ritmo amoroso. Por tu huella  
yo pienso si fué un ángel disfrazado

de niño peregrino... ¡Noche bella,  
en la que desde el cielo, coronado,  
bajarás sobre el surco de una estrella!

ALFONSO VILLAGÓMEZ

## Soliloquio

Me jacto de ser hombre y no tener amigos,  
me jacto de mi ausencia y hablar solo con Dios,  
en trémulas palabras que van desde las piedras  
al más frondoso abeto y al más tierno arbol.

Ningún vocablo es hueco y no hay cacofonías;  
me sobra la sintaxis y solo escucha el sol.

El diálogo me fluye sin proferir los gritos  
que todo hombre emplea en vana discusión.

Mi Dios me habla de cosas sublimes y olvidadas  
sin emplear momentos, mostrándome una flor.

SANDALIO DE CASTRO



# CARTA ABIERTA A UN POETA

DISTINGUIDO AMIGO:

Por una vez me atrevo a interrumpir tu soledad patriarcal con estas líneas, que no son de amargo resentimiento ni de hostilidad hacia tí, sino, al contrario, son palabras de un amigo que, interiormente, aquí donde los sentimientos son más fuertes y sinceros, admira tu labor creadora, tu labor de campesino sin zahones, sembrador en un surco solitario, que huye de los árboles frondosos donde otros hombres se regocijan con el Baco de la indiferencia espiritual. Y tú vas por ese surco, olvidando generosamente entre los pedazos duros de la tierra, la carga que llena la mochila de tu vida; y esa siembra es de pedazos de tu alma, de tu propio vivir.

Te admiro por tu conformidad con la soledad que te envuelve. La vida que te rodea es tu tinaja de Diógenes, de la que sólo sales para besar al sol cada mañana y ver jugar al viento con los delicados nenúfares. Sé que muchas veces has sentido la tentación de exteriorizarte más, de salirte un poco de ti mismo, pero contiene este deseo, que torturadamente se agarra a las paredes de tu alma, el temor, ¡temor humano!, de que los otros hombres no te comprendan y con una risotada soez te arrojen otra vez a tu soledad, abortando la siembra pequeña de tu quehacer espiritual.

Amigo poeta, yo te comprendo porque también participo de tu amargo destino, de este destino sin más compañía que nuestra propia alma y nuestra carne, nuestras virtudes y nuestros pecados. Yo sé, amigo, que tú, a pesar de todo, eres feliz y felices todos los hermanos nuestros que van rumiando la belleza de las cosas y deshojando el poema de su propio existir.

Los poetas vamos por un desierto en una caravana delgada, hundiéndose despreocupadamente nuestras

sandalias en la arena, caminando siempre con la sonrisa en nuestros labios. A los lados tenemos oasis rebosantes de dátiles y palmeras; cuando los otros hombres nos llaman bebemos de su agua y de su hidromiel y con ellos compartimos nuestras tortas de pan y nuestra sal, para otra vez volver a emprender la marcha entre los fríos huesos de la soledad que envuelve nuestro andar.

Ser poeta, amigo, es ser hermano de todo, ser un San Francisco rebosante de comprensión para las cosas y para los hombres. Creo que ya es tiempo de que abandonemos el concepto de que el poeta es un ser sucio y haragán, «un parásito de la sociedad», un fracasado de la vida; pues es al contrario, es la vida la que, con sus bambalinas y sus púrpuras bailando como una Salomé con la cabeza de la frivolidad en bandeja de barro, la que fracasa ante él una y otra vez.

Pero, amigo, no hemos de esperar la llamada de los otros hombres para salir de nosotros mismos; al contrario, hemos de ser Jasones intrépidos que vayamos más adelante, ayudados de nuestras propias fuerzas, dando sin que nos pidan, y pidiendo, importa poco, sin que nos den.

El mundo es hermoso y más hermoso aún pudiera ser si hubiera hartura de paz y de amor..., y la paz y el amor rebosan abundantemente en nuestros morrales.

Amigo, no hay que esperar los clarines del Juicio Final para que nos levantemos, debemos salir sin temor a los demás, con nuestras almas desnudas por corazas y con nuestra sinceridad por dardos guerreros, y la victoria, con su corona de frescos laureles, ondeará orgullosamente sobre nuestras cabezas.

ALFONSO VILLAGÓMEZ

## RECITAL DEL 11 DE JULIO

*En el domicilio social de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, esta Asociación celebró un recital a cargo de la señorita Carmen Vera, soprano ligera, y del tenor José Escanero Picasso, acompañados al piano por el maestro Federico Quevedo. Si hubiéramos de destacar a alguno de estos magníficos cantantes, deberíamos hacer con ellos un solo artista y elevarles indefinidamente sobre la periferia invisible de los grandes aplausos que arrancaron al selecto público de «Estilo». Tal vez sea, con toda justicia, uno de los actos que más hayan impresionado a nuestros asociados.*

*Escuchamos composición de Valverde, Puccini, Sorozábal, Serrano, Donizetti y de otros célebres maestros, terminando con una magistral interpretación del «Dño de la Tabernera del Puerto», por ambos cantantes, quienes amablemente repitieron a solicitud del público. Fuera de programa, el genial artista Federico Quevedo, nos obsequió con obras de Chopín, interpretando en primer lugar Scherzo núm. 2, y, a continuación, Preludio núm. 15 y Vals núm. 14, muy aplaudido por el auditorio.*

*Vemos en Carmen Vera la firme realidad que todos esperábamos, y queremos dejar escrita nuestra más sincera felicitación.*



# LA JUNTA COORDINADORA DE CONSERVACION ARTISTICA DE TOLEDO

Por CLEMENTE PALENCIA  
CRONISTA OFICIAL DE LA CIUDAD

Recientemente se constituyó en el Ayuntamiento la Junta Coordinadora de Conservación Monumental y Artística de Toledo. La integran figuras de máxima solvencia y de acendrado amor a la ciudad: Ilustrísimo Sr. Director General de Bellas Artes, D. Antonio Gallgo Burín, Presidente de la Junta; Vicepresidente, el Alcalde, D. Angel Moreno Díaz; forman parte como Vocales, la Excm. Sra. Duquesa viuda de Lerma, que con sus generosas iniciativas ha logrado dotar a Toledo de un nuevo Museo, sosteniendo además una ingente labor de caridad con niñas huérfanas en el palacio de Tavera; D. Gregorio Marañón, toledano por excelencia, autor de tantas obras y conferencias sobre Toledo; Presidente de la R. Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, D. Julio Pascual; D. José María González Varcácer, Arquitecto del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional; D. José Gómez Luengo, Comisario Provincial de Monumentos; D. Mariano Rodríguez de Rivas, Conservador de la Casa del Greco; los Arquitectos D. Gonzalo de Cárdenas y Sr. Osuna Fajardo; el Ingeniero don Angel Ortiz y el M. I. señor D. Juan Francisco Rivera Recio, Canónigo Archivero, en representación del Cabildo de la Catedral Primada.

Nos permitimos recordar a dicha Junta ciertos antecedentes que se guardan en el Archivo Municipal. En el año 1926, el Ayuntamiento de Toledo abrió una información pública para conocer las opiniones sobre los medios que deben adoptarse para conservar nuestra riqueza artística. La Sociedad «Amigos de Toledo», propuso: embellecimiento de las rutas de turismo; premios a madres y maestros que más se distinguen educando a los niños en el amor y respeto a Toledo y al turista; propaganda eficaz y conveniente hasta conseguir que la Imperial Ciudad sea la meta del turismo universal; fundación de una residencia de artistas y otra para estudiantes a ingenieros o arquitectos; crear o subvencionar una Escuela de guías e intérpretes que garantice en su día los servicios de los que podemos llamar introductores del turista. Después de otras

cuatro o cinco soluciones más, añade una muy significativa: «Que sin perjuicio de lo ya legislado para evitar el que gentes desprovistas de conciencia y de amor patrio despojen a estas ciudades artísticas de adornos y detalles que tanto las embellecen y que son precisamente su nota singular y sugestiva, se dicten leyes que impidan a todo trance, bajo severos castigos, que los chamarileros sigan por más tiempo su labor destructora, con notorio perjuicio de la cultura y del arte».

Conviene tener en cuenta también los actos de fetichismo de muchos visitantes judíos que quieren llevar como recuerdo cualquier pedazo de estuco o de azulejo, con perjuicio grave, como ocurre en Santa María la Blanca. También ocurre esto a muchos que no son judíos, por lo que nuestro buen amigo, señor Rodríguez de Rivas, ha tenido que fijar con clavos el tenedor y cuchillo en una mesa de la Casa del Greco, que existen gracias a esta medida, y se ha visto obligado a desistir de adornar con plantas pequeñas una de las salas del sitio referido.

En nombre de la Real Academia de Bellas Artes informó su Director D. Hilario González, suplicando se reformasen las Ordenanzas municipales, en el sentido

de que ofrezcan la mayor garantía para la defensa del carácter histórico y artístico de la Ciudad. Vigilancia extremada en todo lo que sea remover el suelo toledano; «por una mal orientada urbanización se han sepultado los restos del circo romano, han desaparecido los del anfiteatro y muchos vestigios visigóticos». No deben tolerarse grotescos revocos de fachadas, ni tenduchos adosados a los ábsides, ni construcciones llevadas a cabo sin la menor regularidad.

El Arquitecto D. Pedro Vidal, sostiene también la necesidad de unas Ordenanzas municipales sencillas, claras en sus artículos y sin exceso de preceptos, procurando acomodarlas al presente, a la presión del ambiente general y a las necesidades económicas de nuestro pueblo.





Don Francisco de Borja San Román, como Delegado Regio de Bellas Artes en la Provincia, emitió un informe brillantísimo relacionado con el problema de Toledo como Monumento Nacional.

«A consecuencia de las leyes desamortizadoras, decía, multitud de edificios de gran valor histórico y artístico fueron vendidos en cantidades irrisorias. Apercebido el Estado de estos actos vandálicos, quiso atajar el mal, y así como se llamaban *bienes nacionales* a esos bienes procedentes de la desamortización que el Estado vendía, de igual modo se denominaron ahora *Monumentos Nacionales* a los bienes que el Estado exceptuaba de la venta por su índole histórico-artística.»

«A tal criterio responden en Toledo las declaraciones de Monumento Nacional del Castillo de San Servando, en 1874; de la Sinagoga del Tránsito, en 1877, y de la Capilla de San Jerónimo (Convento de la Concepción), en 1844. Por las respectivas Reales Órdenes declarando nacionales dichos Monumentos, se ve que el Estado intentaba con ello evitar que pudieran ser vendidos como *bienes nacionales*.»

A continuación expone el alcance de la ley de Excavaciones y Antigüedades de 7 de Julio de 1911 y la relativa a la declaración y conservación de Monumentos Arquitectónico-Artísticos de 4 de Mayo de 1915, con sujeción a la cual se declararon en Toledo como tales el Convento de Santa Fe, las ruinas del Circo Romano, la Casa de Mesa y las Posadas de la Santa Hermandad y la Sangre.

También se hizo público el informe del Cronista Oficial de la Ciudad, que lo era a la sazón el excelentísimo Sr. Conde de Cedillo, por el que se oponía a la declaración de Toledo como Monumento Nacional, desconfiando de las disposiciones oficiales, con las que se espera todo de la intervención del Estado, prefiriendo una legislación especial protectora.

El periodista Juan de Filgueira recoge, por último, las manifestaciones del arquitecto D. Antonio Palacios que da un esquema de ordenanzas sumamente curiosas y que merecen publicarse: «Primera. Evitar casi en absoluto la decoración exterior, reservando ésta a un solo elemento de la fachada, bien la puerta de entrada, dejando el resto del nuevo enteramente liso; bien un solo hueco finamente ornamentado en su reja o en otros elementos, o bien un alero; pero nunca todas estas cosas juntas».

«Tercera. Debe disminuirse el número y tamaño de los huecos exteriores. Nuestra tradición oriental exige una recatada vida interior, dándose una gran luminosidad y amplitud de huecos a los patios interiores, siempre más amplios que las calles».

«Cuarta. El color es para el conjunto urbano el aspecto más fundamental para la armonía. Un ejemplo. El edificio de la Diputación, cuyas líneas generales son discretas, constituye en su conjunto una nota intensamente disonante, no por su forma, sino por su color, de un rojo agrio que daña a la dulce entonación ocre oro de la ciudad entera».

«Sexta. Por ser las obras de carácter más general,

es interesante referirse a las que pudiéramos llamar de pequeña albañilería y que son las obras que de una manera más callada, pero también más intensa, puede ir transformando el aspecto general de la ciudad».

«Por mi parte, yo temo menos a las iniciativas del albañil que a las de una pretendida sabiduría. Las de aquél tienen, en general, una simpática ingenuidad, sobre todo un respeto a la tradición, derivado de las prácticas rutinarias de todo oficio. Conozco ciudades andaluzas —Carmona, por ejemplo— en las cuales se puede apreciar claramente que aquella sabiduría no hizo presa aún. Todo Carmona, con sus paredes enjalbegadas, sus arbitrarios añadidos a los edificios, siempre lógicos por necesarios, y su aspecto total sencillo y grato, produce la impresión tranquila de que sus



Hospital de Mendoza. Una de las obras que más merece la protección artística.

transformaciones surgen con la belleza de las flores campesinas, que no sufren la forzada metamorfosis que impone el jardinero».

«En cuanto al exterior, he preconizado siempre en Toledo la lisura y policromía natural de los muros. La fábrica mixta, tan típicamente toledana, de mampostería y ladrillos de delicada tonalidad y anchas juntas de mortero, tiene suficiente encanto para bastarse a sí sola; prefiero a los feísimos enlucidos de cemento imitando sillería, el fino arte de los revoques esgrafiados a dos tonos».

Hemos querido consignar aquí tan curiosos datos, que los juzgamos muy dignos de tenerse en cuenta para la defensa de Toledo y de su arte.

Hemos insistido en reproducir dos grabados del Hospital de Santa Cruz, del Cardenal Mendoza. Es uno de los edificios que más sufrió los efectos de la guerra última. Se han buscado distintas soluciones para su destino en el futuro. En un documentado trabajo, nuestros asociados D. José Pastor y D. Guillermo Téllez, publicaron en *«Arte Español»*, revista de la Sociedad E. de Amigos del Arte, una monografía interesantísima sobre este palacio, para el que deseamos una mirada compasiva de esta nueva Junta, que velará por la conservación de nuestros monumentos.



# DIVAGACIONES EN TORNO A UNA GRAN CIUDAD

Al regreso de este verano, Madrid me produjo una extraña impresión de belleza. Una impresión como sólo la había recibido cuando de niño venía cortas temporadas, y Madrid exaltaba mi imaginación con sus guiños de luces, con el movimiento interminable de los vehículos, la variedad de las gentes, la amplitud de sus calles y la gracia de sus construcciones.

Madrid es bello. Me he convenido ahora que no soy niño y que he consultado con otras personas mejor informadas para saberlo por haber visitado muchas ciudades. Pero no quiero quedarme aquí. Me propongo hacer una generalización, y es la de afirmar que todas las grandes ciudades —las grandes ciudades modernas, quiero decir—, son bellas. Acaso sea yo un caso típico de lo que un poeta belga llamaba «mariposas atraídas por el resplandor de la urbe». Pero más bien me inclino a pensar que no, ya que llevo siete años viviendo en Madrid y ya que no soy yo solo el único defensor de esta afirmación. Entre uno de estos defensores merece la pena citarse por su reputabilidad al arte de nuestros días, que acoge la urbe moderna entre los temas más importantes de su inspiración. Así nos lo indica el alcance que en la pintura de hoy ha tomado el paisaje urbano y la introducción en la literatura de toda esa serie de novelas que se proponen el retrato o la crítica de una sociedad, tal como ocurre en «La Colmena», de Cela, o en «Babbitts», de Sinclair Lewis.

Creo que no es necesario seguir haciendo referencias a la afirmación que hemos sentado más arriba. Ello no representa un gran adelanto, pues una nueva cuestión más grave, más profunda y más difícil de solucionar, se nos presenta ahora. Si hemos dejado sentado que las grandes ciudades son bonitas, cabe que a continuación nos preguntemos: ¿Son también buenas? O haciendo con más rigor la

pregunta: ¿Representa la urbe moderna un adelanto en el progreso humano? ¿Produce resultados favorables en orden al bien común la organización social que una ciudad moderna supone? En último término, ¿son buenos los frutos —atendiendo tanto a los individuos como al conjunto global de la sociedad—, son buenos los frutos que produce el mecanismo urbano?

La contestación inmediata a estas preguntas, si lo hacemos con arreglo a la experiencia que hoy día poseemos, es negativa. Bastaría consultar algunas estadísticas para darnos cuenta del aumento que estas ciudades suponen en la criminalidad, en el alcoholismo y en la prostitución. Es un hecho comprobado que el urbanismo produce en los individuos un ansia creciente en la ambición de riquezas, de placeres, de dominio y de elevación social. El resultado total de semejante estado de cosas, es una lucha y una excitabilidad continua que se manifiesta: económicamente, en la situación privilegiada de algunos frente a la miseria y el abandono de otros; socialmente, en un desorden continuo, y políticamente, en la tiranía de los ricos.

Pero no vayamos a pensar que todo esto es un producto de ese tipo de asociación que es la ciudad moderna. La ciudad moderna no es, al fin y al cabo, más que la manifestación del régimen político-intelectual, económico-industrial que la Humanidad viene desarrollando desde la Revolución Francesa. El principio motor de este régimen es el progreso indefinido de la ciencia y de la técnica en cosecución de un mundo mejor y más cómodo. El resultado final de este régimen es una sobrevaloración de la vida social del individuo hasta el punto de que toda la civilización moderna se halla basada en la idea de que la función especializada que da al hombre su puesto es más importante que todo el hombre. Herbert George Wells,

el escritor que en los últimos tiempos ha defendido con más entusiasmo la marcha del mundo hacia una sociedad mecánicamente más perfecta, se da cuenta de estos hechos y no trata de ocultarlos. Admite y da por sentado en sus novelas y ensayos de acento profético, que en el hombre de la sociedad futura, las relaciones sexuales y familiares disminuirán en favor de una creciente importancia de la vida social. El problema inmediato y fundamental que aquí se plantea, es el de si el hombre será capaz de enfrentarse en la futura sociedad de Wells con la complejidad de los fenómenos que en ella tendrán lugar. Parece que Wells cree que las circunstancias sociales y la técnica futura, junto con un adecuado sistema de educación, convertirán al hombre de la Nueva Sociedad en un ser extraordinariamente inteligente, instruído, responsable y enérgico. Al hacer esta afirmación, parte de un postulado que no podemos admitir de un modo total. Parte del hecho, que él considera incontrovertible, de que el «Homo Sapiens» está evolucionando hacia un nuevo tipo más en consonancia con el estado de cosas que poco a poco se va perfilando en la sociedad, pues —según él— la naturaleza humana no es invariable, como piensa la mayoría de la gente, sino que dicha naturaleza cambia y evoluciona con arreglo a las condiciones materiales, sociales y políticas en que la vida se desarrolla.

En contra de lo que Wells piensa, nosotros no podemos hacer otra cosa que recordar que todo el desarrollo político-económico-intelectual de la sociedad es un producto de la mente del hombre. Y la mente, aunque muy importante, no es más que una parte de todo el hombre. ¿Qué ocurre con las otras partes? ¿Qué es del lado instintivo, intuitivo y emocional de la persona? Parece que Wells no se preocupa mucho de esto y todo lo



más que hace es indicar vagamente la supresión casi total de esta parte humana en beneficio de la parte intelectual y social del individuo. Sin embargo, esta parte no es tan despreciable y la historia política e industrial de los últimos años, revela que las funciones reprimidas no mueren, como podría esperarse, sino que degeneran y se deterioran. Nosotros mismos podemos comprobar cómo un gran número de científicos e intelectuales tienden a convertirse en neuróticos, enfermos mentales, pervertidos sexuales y hasta criminales de profesión. Esta es la consecuencia que parece desprenderse de un examen detenido de los hechos. La Ciencia impuesta a la vida crea la degeneración. La Técnica, imponiéndose a los instintos, produce la locura. Es curioso observar la rapidez con que el gangsterismo se propaga en los centros superpoblados y supermecanizados de América del Norte. Un creciente aumento de este tipo de civilización, conduciría al asesinato y al suicidio en masa. Los resultados que se querían obtener

con la práctica científica, empiezan a fracasar y el hombre que inventó la máquina se convierte en esclavo de ella. Es evidente que una gran mayoría de nuestros contemporáneos se ha dado cuenta de estos hechos, lo cual explica el retorno a la Naturaleza que se ha apreciado hace algún tiempo: odio a las grandes ciudades, elusión a la esclavitud de la máquina, vuelta a los placeres sencillos y naturales de la vida. El escritor D. H. Lawrence, trata de volver al animal salvaje, que es el hombre, haciendo de él, conforme al aforismo griego «mens sana in corpore sano», un ser equilibrado y perfecto. En otro sentido, se nota en Europa un influjo de las filosofías orientales y existe entre los intelectuales un gran porcentaje de budistas.

Pese a todos los esfuerzos, creo que es inútil todo lo que se haga. Si queremos que desaparezca la civilización artificial en que vivimos; si queremos construir una civilización humana, donde el hombre vital, de carne y hueso, sea todo, nos encontramos que entre los

deseos y las ansias de este hombre, se halla la realización de un mundo mejor y más cómodo. Todo lo cual se traduce en más industrias, más máquinas, más dinero; todo lo cual, a su vez, vuelve a traducirse en más crímenes, más desorden, más luchas, más estraperlo. La conclusión final es que no hay solución. Pertenece a una civilización en marcha que no es posible detener. Nuestros antepasados nos embarcaron en ella y nosotros hemos de continuar hasta el fin del viaje. Acaso una Tercera Guerra Mundial venga a librarnos de esta tarea impuesta. Pero entretanto que esto no ocurre, nuestro deber es permanecer en el timón. Aceptar el ingrato trabajo con valentía y optimismo, realizando la labor de Perfección, de Mecanización, de Progreso, que generaciones anteriores nos dejaron marcada y procurando, por la educación, que el hombre se acomode a las circunstancias de la Nueva Sociedad de Wells. Acaso los tiempos le den a él la razón y, por una vez, la utopía se realice.

JOSÉ LUIS ABELLÁN

## Nuestra entrevista con el grupo literario «El Cobaya»

*Merece destacarse el entusiasmo con que trabaja una selecta minoría intelectual de Avila para llevar a cabo la publicación de su revista mensual titulada EL COBAYA. Tuvimos ocasión de cambiar impresiones sobre distintos proyectos que puedan aproximar a estas dos ciudades, Avila y Toledo, y se nos concedió la satisfacción de hablar con su Director, el abogado D. Fernando Luis Fernández Blanco; con el catedrático de Literatura del Instituto D. José Gallego Recio, asesor literario; con su entusiasta redactor-jefe D. Eleuterio Torrelo, capitán de la Policía Armada, que merece una especial mención por parte de los toledanos, ya que estando en la Escuela de Gimnasia de Toledo fundó la revista militar de Educación Física, que aún sigue publicándose con creciente interés de día en día, expuso en Avila la idea de una revista semejante a AYER Y HOY, y tuvo la satisfacción de ver a los pocos meses la aparición de EL COBAYA, protegiendo siempre con fervorosa simpatía cualquier proyecto que se relacione con Toledo. Los*


*restantes colaboradores, José Córdoba y Joaquín Fernández Bernaldo de Quirós, poetas; Fausto Carmeño, médico, a quien se debe el título que lleva la revista; el dibujante Sanz Vega, con el joven investigador José Luis Abellán, autor del artículo «Divagaciones en torno a una gran ciudad», que nuestros lectores pueden admirar en la página 11 de este número.*

*Como primera idea a realizar, es una excursión de numerosos asociados de «Estilo» a Avila, que se realizará el 11 de Octubre, y a continuación un recital poético, integrado por poetas de EL COBAYA y de «Estilo», dentro ya de las fiestas teresianas. Ellos vendrán luego a corresponder con otro, dedicado a alguna figura toledana. Que las humildes provincias de Castilla, tan maltratadas por el absolutismo centralista de la Urbe y por los grupos privilegiados que sostienen en sus manos dinero, aplausos y propagandas, puedan seguir derrochando lecciones de hidalguía, como supieron hacerlo a lo largo de la historia.*









---

RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR  
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57. - Toledo

---

